

1985

## El duelo (cuento)

Mempo Giardinelli

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>



Part of the [Fiction Commons](#), [Latin American Literature Commons](#), [Modern Literature Commons](#), and the [Poetry Commons](#)

---

### Citas recomendadas

Giardinelli, Mempo (Primavera 1985) "El duelo (cuento)," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 21, Article 32.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss21/32>

This Creación: Cuentos is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact [dps@providence.edu](mailto:dps@providence.edu).

## MEMPO GIARDINELLI

### El duelo

En mi país hay muchos contadores de cuentos, algunos muy famosos; y los hay sutiles y agudos. Uno de ellos es comprovinciano mío, y ha llegado a ser reconocido en toda la nación. Se trata de Carlos Campanina, un hombre que no termina de gustarme, por determinadas actitudes y amistades que tuvo durante la dictadura, pero en quien reconozco genialidad para el oficio de contar con gracia, con *tempo* exacto, historias de la gente simple del interior de la Argentina, especialmente del litoral y el centro-norte.

De él quiero referir una narración que me permitiré repetir porque, cuando se la escuché, me hizo reflexionar acerca del odio y del rencor, esos materiales tan argentinos y que tanto daño nos han hecho. Campanina, a su vez, atribuía ese cuento a don Mario Millán Medina, músico correntino, compositor de los que consagraron al chamamé como parte insoslayable y bella del folkore nacional. Probablemente, este hombre lo hubiese asignado a algún otro narrador oral, y éste a su vez a otro, de modo que la historia se fue completando y seguramente el final ha de haber sido modificado varias veces hasta la versión que yo conozco, cuya resolución parece imaginada por un místico, acaso un desenfadado, todo lo cual confirma la idea — de todos conocida — de que las historias pertenecen a los pueblos y no a quienes las narran.

Esto sucedió en Corrientes y tuvo por protagonistas a dos personajes algo primitivos, semiletrados; dos hombres de campo de esos para quienes la simpleza es una cualidad y un estilo de vida. Gente de sentimientos recios, vehementes, unidireccionales; de amores y odios sin rebuscamientos. El uno, Herculiano Mansilla, natural de Alvear, era hombre de los arenales de la costa del río Uruguay, silencioso y solitario, buen jinete por su oficio de tropero, afiliado al Partido Liberal y por ende sujeto de pañuelos celestes, el color partidario, siempre anudados en el cuello. El otro, Ercilio Concepción Montiel, originario y habitante de Gobernador Virasoro, era un afamado jugador de truco, mujeriego, padre de varias parvadas de niños en leguas a la redonda, que recorría por su oficio de contrabandista en las tierras del nordeste correntino, en el límite con la provincia de Misiones y con el Brasil. Los dos se odiaban, no se sabía muy bien por qué razón, aunque presumo que habrá sido por esos viejos rencores de la política argentina, pues el uso de pañuelos rojos, de listones colorados, denunciaba a Montiel como afiliado al Partido Autonomista, el que fundara Don Adolfo Alsina a fines del Diecinueve.

Posiblemente los enfrentó ese encono secular de los correntinos, aunque no debería descartarse la existencia de alguna falda disputada, de un agravio de juego o de un negocio turbio, pues el mundo de esos hombres era pequeño — no más de cincuenta leguas a lo largo del río Uruguay, y otras tantas desde la costa hasta los esteros del Iberá — y habrán sobrado ocasiones para ofenderse. El diablo — se sabe — siempre mete la cola y siembra cizaña.

El caso es que habían jurado matarse cuando y donde se encontraran. Era *vóx pópuli*, como se dice, que los dos no cabían en la misma región. Y cuando dos no caben, en un territorio apasionado como es Corrientes, la promesa de muerte es un compromiso de por vida, una obligación, una obsesiva determinación que domina la vida y la obra de cada uno.

Sin embargo, curiosamente, en cierto modo se esquivaban. Un tanto morosos en la búsqueda del encuentro, casi al desgaire, cada uno odiaba al otro en silencio, rumiando su rencor. Pero ninguno procuraba apresurar el momento que el destino había dispuesto para que se realizara ese duelo inevitable. Los dos sabían de la peligrosidad del adversario, y no era cosa de tentar caprichosamente a la muerte que el otro significaba. O bien, acaso cada uno se preparaba, lento, y en secreto, para el instante en que el azar los reuniera en esa batida que sería, sin dudas, la última.

Hay que apuntar, en este relato, el papel de la gente de la comarca, gente como de cualquier lugar del mundo, siempre proclive a los chismes, a la fascinación que provoca el morbosos contemplar desdichas ajenas. Impelida a llevar su fantasía a lo ilimitado, la gente de a todo lo largo de la costa del Uruguay agrandaba la diferencia y exageraba la obsesión de los rivales. Se decía, por ejemplo, que en Santo Tomé tres o cuatro detuvieron

al Ercilio cuando iba a unas carreras cuadreras en las que apostaba el Herculiano Mansilla; o que en Ituzaingó, en el velorio de un diputado autonomista se le había advertido a éste que mejor no anduviera cerca. Y se contaba que en tal fiesta patria, que en aquel casamiento, que esto y que lo otro, habladora, la gente, chismorreaba con esa ansiedad que se expresa en las risitas nerviosas que produce la vecindad de la tragedia. Se hablaba del duelo con cierto temor reverencial y era fama, en la región, que sobaban comedidos capaces de incitar los rencores con comentarios maliciosos.

Sólo una vez estuvieron a punto de enfrentarse. Fue en un asado municipal que se hizo en la estancia de los Navajas, cerquita de Virasoro. Temerariamente, Herculiano Mansilla, que no era de por ahí, se acercó arreando una tropa para unos brasileños que iban a contrabandearla por Santo Tomé, cruzando los animales a nado, arriba de Sao Borja. Una llovizna pertinaz, oblicua por acción del viento del sur, que lo agarraba de frente, lo había obligado a descansar un poco, a desfangarse después de dos días de marcha, y la noticia del asado llegó a sus oídos. Acaso Mansilla se sintió atrevido, ganador; lo cierto es que se lanzó hacia Virasoro, territorio de su enemigo. Pero fueron varios los vecinos que lo reconocieron cuando llegaba, e informaron al comisario del pueblo, quien con respeto, pero enérgico, interceptó al de Alvear y a pie firme le recomendó que mejor se marchara: andate nomás chamigo — le dijo, dicen — que Corrient'es provincia grande con mucho campo ande dirimir cuestiones.

Herculiano Mansilla, de odio preciso, no era chúcaro con la autoridad. Respetuoso, sin bajarse del zaino, se tocó el chambergo, hizo recular a su montado y volvió adonde su tropa. Y la historia quiere que Ercilio Concepción Montiel no se enteró, aunque ese día bebió de más y anduvo jurando que había olido en el aire a su enemigo.

Pero la muerte es un bicho tozudo, se sabe, e inevitablemente un día iba a provocar el choque. No hay subterfugio, no hay argumento cuando la fatalidad anda con ganas, briosa. Si dos se tienen apetencia, si dos se buscan, si se prometen la muerte y están dispuestos a pelear contra la suya propia antes que con la del adversario, finalmente han de encontrarse. Dicen, en Corrientes, que en algún lugar todo está escrito y que estaba escrito que Montiel y Mansilla terminarían frente a frente.

Y así fue, un día de cuadreras por el lado de Yapeyú, en un campo a media legua de la ruta 12. Bajo una arboleda se preparaba el asado, se bebía vino tinto y se hacían las apuestas. Herculiano Mansilla miraba la pista desde arriba de su zaino, tomando cada tanto unos mates cebados por una de las patronas de la estancia y que le acercaba una guinita que esperaba, de pie junto al caballo, a que se le devolviera el porongo. Esa vez nadie temía el encuentro porque se daba por cierto que Ercilio Concepción Montiel estaba en Misiones, por el lado de Oberá, en un contrabando de maderas.

Y sin embargo, Montiel llegó, en su tostado moro, tranquilamente inadvertido. Ninguno de los participantes reparó en su arribo, ni a nadie llamó la atención su pañuelo colorado pues eran muchos los rojos que se mezclaban en esa fiesta, no política, con los celestes. Claro, la tragedia elegía un momento óptimo, en que todos estaban desprevenidos. Incluso Montiel, quien había recibido noticias de que Mansilla había bajado a Libres para un asunto del Partido Liberal. Para colmo, cuentan, Montiel ni bien llegó le habló a un distraído, un opa que miraba a ningún lado, vacío de pensamientos.

— Decime — le preguntó desde arriba del moro, casi por costumbre, por compromiso consigo mismo y esperando una obvia negativa —, ¿no anduvo por aquí uno que se llama Herculiano Mansilla?

El opa se ajustó las amplias bombachas, rascó el piso con la alpargata y habló con voz chillona, por debajo del bigotito, delgado como un suspiro negro.

— Sí, ahí'stá, es aquél que le mont'al zaino.

Y señaló hacia un eucalipto bajo el cual Mansilla devolvía, con una sonrisa, el mate a la muchachita.

Ercilio Concepción Montiel se transmutó y una furia oscura, viscosa, le deformó la cara: se le agrandaron los ojos como cuando se ve al Maligno; se le pusieron como de lechuga: fieros, redondos, negros.

— ¡Herculiano Mansilla! — gritó, hacia el eucalipto.

— Pa'servirlo — respondió éste, girando en la silla sobre el zaino para mirar a quien lo reclamaba, con la misma sonrisa con que devolviera el mate.

— ¡De vaina me vas a servir, hij'una gran puta! ¡¿Sabés quién soy?!

El gentío se llamó a silencio y la pregunta quedó flotando en el aire. Como un rayo, como una maldición, la muerte se instalaba en la reunión, hecha un ruidoso silencio súbito lleno de presagios. Ni los pájaros volaron, ni se movieron las hojas de los árboles. Dicen que ni bosta hicieron los caballos, y que ni babas soltaron cuando Mansilla achicó los ojos y desvaneció su sonrisa con el reconocimiento.

— Más puta será tu madre — dicen que dijo, en el exacto volumen anterior al grito, pero justo para que todos lo escucharan, especialmente su rival —. Y vos me vas a servir de chaira pa'mi cuchillo, añá membí, porque ya me estoy imaginando quién sos: Ercilio Concepción Montiel.

Al unísono, unánimes como dicen en Corrientes, los dos desmontaron y palmearon las grupas de sus cabalgaduras, que enseguida fueron tomadas de las riendas por esos solícitos que siempre hay en los asados de campo y que pareciera que prefieren ocuparse de menudencias, acaso para no soportar la visión de la violencia que los fascina.

Los enemigos se afirmaron en tierra, y ya no pronunciaron palabras. Envolvieron sus brazos izquierdos en los ponchos y extrajeron los facones

de las espaldas. Eran aceros opacos, de poco brillo, duros y pesados antes que lucidores; aceros de trabajo, de carnear, de todo servicio. Se fueron acercando lentamente mientras daban pasos cautelosos hacia sus respectivas derechas, formando un círculo como de tres metros de diámetro, encerrado en otro más amplio que hizo la gente, de varios metros más de cancha, un círculo trágico de silencio en el que se escuchaban, como murmullo de palomas en un frontispicio, el rezo colectivo diostesalvemaría de boca de todas las mujeres, allá atrás, persignándose frenéticamente en señales de la cruz y llenaeresdegracia, mientras Mansilla y Montiel caminaban felinos, lentos, hacia la derecha, luego hacia la izquierda, como agujas enloquecidas de un reloj delirante, sólo capaces de girar simétricas, como si el tiempo se hubiese detenido, incontable, tiempo perdido, extraviado, benditatúeresentretodaslasmujeres y así los duelistas formaron las nueve y cuarto, y las seis en punto, y las doce y media, girando uno y otro, mirándose, desentendidos de las bocas abiertas de la concurrencia, y de los rezos benditoeselfruto y del pasmo fascinado de quienes los observaban mientras el viento hacía crecer el detuvientres Jesús.

No me es posible contar el duelo. Dice Campanina que duró cuarenta y ocho horas. Probablemente, se trata de una exageración. No creo que se haya prolongado tanto, y en realidad no es importante el dato. Para mí, si fue largo, duró un par de horas. Lo seguro, e impresionante, es que ninguno de los dos aflojó. Montiel marcó primero a su enemigo, eso está confirmado. Pero también, cuentan, fue verdad que desde el comienzo Mansilla se mostró más certero e hirió más veces. Sin dudas, el coraje de ambos, el valor que tenían, el rencor que los animaba, hicieron que no hubiese tregua, que cada hora fuese inapelable, sin un minuto de descanso, ni un segundo sin acción, sin un fugaz aflojamiento de los músculos. Y aseguran que, durase lo que durare, ni una sola vez quitaron su mirada llena de odio de los ojos del otro.

Al cabo de ese tiempo imprecisable, agotados ambos, tras haberse arrastrado por el suelo de tierra ya barrosa de sudor y de sangre, con las venas abiertas aquí y allá, el que murió primero fue Montiel. Y cabe el adverbio de tiempo porque Mansilla también murió, un par de días después del duelo, de las heridas que recibió del facón de Montiel.

Y hasta aquí es la historia de lo que sucedió en la tierra correntina. Sin embargo, la imaginación popular, que es tan formidable como el ingenio de la

gente de campo, quiso agregar otro final a lo ocurrido. Aseguran Campanina y otros cuenteros que Herculiano Mansilla, vencedor del duelo en la tierra, cuando llegó al cielo demostró la hidalguía de los correntinos. Porque enseguida nomás, en la misma puerta, preguntó por San Pedro, quien lo atendió luego de un rato, porque como se sabe San Pedro siempre está muy ocupado.

— ¿Qué se te ofrece, hijo?

— Dígame — respetuoso, habló Mansilla, con el chambergo en las manos

y acomodándose tímidamente la cinta celeste —: una persona de Corrientes, en la Argentina, de nombre Ercilio Concepción Montiel, natural de Virasoro y que murió hace dos días de herida de arma blanca, ¿no habrá andado por aquí?

— Sí, efectivamente — respondió el Apóstol —. Está aquí adentro.

— Ajá... — titubeó, no sin emocionarse, Mansilla—. Y... ¿Usted puede hablar con él?

— Sí, claro, por supuesto — sonrió San Pedro, benevolente.

— Bueno, entonces le voy a pedir un favor — y bajó los ojos Mansilla, con humildad, para luego fijarlos en la profunda y cálida mirada del hombre de Dios —: Dígale que estuvo Herculiano Mansilla, y que vine a decirle que yo también morí. Que descanse en paz, nomas, que el duelo terminó empatado.

Buenos Aires, julio/octubre 1985.